

Dos días despues, y hallándose ya el rey en Hamptoncour, el primer ministro, arzobispo Crammer, recibió una denuncia firmada por las doncellas de honor, despedidas por la reina de su servicio.

El ministro reunió á toda prisa la cámara, le manifestó la denuncia, y todos sus colegas unánimes decidieron que debia ser presentada al rey.

El día 4.º de Noviembre asistió el rey con su esposa á los oficios de Todos los Santos; al salir de la capilla dijo á Crammer, que iba á su lado:

—Acabo de dar gracias á Dios fervorosamente, porque jamás he sido tan dichoso en el amor ni en el matrimonio.

En aquel instante el arzobispo le presentó tristemente la denuncia.

Enrique, admirado, se detuvo.

Abrió el escrito y se puso muy pálido.

Luego dijo con voz entrecortada:

—¡No, no; es imposible!... ¡Ahora que era yo tan feliz!

Después apresuró el paso, y así que entró en palacio se encerró en su cámara con el ministro.

Catalina, sin saber aún de lo que se trataba, temblaba instintivamente; quiso entrar en la cámara del rey, pero éste le dijo duramente que le dejase sólo.

Ya en su cámara, el rey repasó la denuncia que se refería sólo á las relaciones de Catalina con Maddox y Durham.

—Rechazo con horror la posibilidad de hechos tan ultrajantes para el honor de la reina, dijo el rey. Sin embargo, Crammer, os recomiendo una pronta y severa averiguación acerca del asunto; ahora dejadme sólo, prosiguió; la desesperación me agobia. ¡Amaba á mi esposa con delirio, y la creía un ángel de pureza!

Diciendo esto ocultó el rostro entre sus manos aquel monarca feroz y sanguinario, y se deshizo en lágrimas amargas.

Pocas horas después, las dos doncellas de Catalina fueron conducidas á la cárcel; apenas instaladas en ella, se procedió á hacerlas sufrir un minucioso interrogatorio, en el que designaron á las personas que podían declarar toda la verdad.

Por la tarde no quedó al rey la menor duda acerca de los extravíos pasados de su esposa.

Al ver las pruebas tan palpables, le acometió un delirio espantoso; quería cerrar los ojos ante su desgracia, y le era imposible.

Las investigaciones contra Catalina se continuaban con una actividad cruel.

En cada una de las personas ocupadas en buscar las pruebas de sus faltas, parecía tener un enemigo encarnizado; y sin embargo, la pobre Catalina á ninguna de ellas había hecho daño en toda su vida.

El rey partió de Hamptoncour sin volver á verla y sin enviárselo á decir siquiera.

En el mismo día se presentó en la cámara de la reina el consejo privado para comunicarle las acusaciones que se elevaban á cada instante contra su persona.

La reina tuvo la debilidad de negarlo todo, empleando en sus negativas una energía que sólo conviene á la verdad; pero esta debilidad era muy disculpable atendida su extrema juventud y la desesperación en que se encontraba.

Cuando se hubo retirado la diputación, desapareció su valor ficticio, y la embargó un terror tan profundo; que se apoderó completamente de su razón por espacio de tres días.

Gritaba, lloraba, se quejaba del rey y de sí misma, y luego caía en un silencio muy semejante al estupor.

Al cabo de este tiempo, entró una mañana en su cámara el primer ministro del rey.

Al verle, un rayo de esperanza se deslizó en el corazón de Catalina; incorporóse ésta en el sillón en

que permanecía desde tres días ántes, y le preguntó con una expresión en que estaban mezcladas por partes iguales la angustia y la alegría:

—¿Qué quereis, señor?

—Traigo á V. M. un mensaje del rey, contestó el arzobispo.

—¡Oh, decidlo, decidlo al instante! exclamó la reina; nada es peor que la atroz incertidumbre en que vivo.

—Pues bien, señora, repuso el anciano, conmovido por el dolor y la ansiedad de Catalina; el rey me manda deciros que si desistís de vuestras negativas, si confesáis unas faltas que sólo pueden ser hijas de vuestra inexperiencia y del abandono en que habeis pasado vuestra infancia y los primeros años de vuestra juventud, áun en el caso en que la ley deba castigaros, hará recaer en vos su augusta clemencia.

La desgraciada Catalina cayó en el lazo que el rey, segun su costumbre cuando no se atrevia á valerse del tormento, le habia tendido.

—¡Oh, cuán bueno es el rey! exclamó uniendo sus manos con una ardiente expresión de gratitud; me concede mucho más de lo que yo me hubiera atrevido á pedir!

El prelado le presentó entónces el acta de confesion, y enjugó una lágrima de piedad.

La infeliz jóven estaba perdida sin remedio.

Catalina puso su signo al pié del acta, porque,

como ya hemos dicho, la nieta de la orgullosa Duquesa de Norffolk, educada en su casa, no sabia leer ni escribir.

El ministro recogió el acta, y despues de saludar profundamente á la reina, salió de su cámara.

Catalina Howard pertenecia ya al verdugo.

La Cámara Estrellada empezó desde el mismo día el proceso de adulterio contra Catalina Howard, reina de Inglaterra.

La acusada compareció diferentes veces ante sus jueces, y comprendiendo al fin lo que la *clemencia del rey* le había hecho firmar, ratificó sus confesiones en los hechos anteriores á su casamiento; pero se defendió enérgicamente en todo lo que tocaba á su fidelidad conyugal.

Mostráronle entónces la toca de terciopelo guarnecida de una pluma y hallada en su cámara, y á su vista la reina enmudeció, se puso pálida y la acometió un temblor convulsivo.

Sin embargo, nada más cierto que su fidelidad al rey.

Terminadas las primeras actuaciones, y firmemente resueltos á no permitirle defenderse más, los jueces mandaron trasladarla, en calidad de prisione-

ra, al monasterio de Sion, que pertenecía al obispo de Londres.

El mismo día de su salida se publicó su degradación en todas las calles y plazas de la capital de Inglaterra, á son de trompeta, y fué despedida toda su servidumbre.

El rey, pasado el primer momento de su dolor, se había puesto furioso al verse, como él decía, *tan vergonzosa y ridículamente engañado*.

Su desprecio hácia Catalina y su enojo contra ella no conocian límites, y él era quien dirigía y apresuraba todas las actuaciones del proceso, que adelantaba rápidamente.

Mucho más desgraciada que Ana Bolena—quien se vió siempre tratada con la consideración debida á su rango—Catalina se vió reducida á la última humillación, considerada como una culpable de la más ínfima condición y abrumada de desprecios.

Ni una sola dama le dejaron.

Solo lady Rochefort, que tan cruel había sido con Ana Bolena, pidió permiso para acompañar y asistir á Catalina, cuyo permiso le fué concedido, aunque con gran trabajo.

Lady Rochefort salió con la reina para el monasterio de Sion, acompañada de una crecida escolta.

La amargura y el terror habían trastornado casi por completo la débil cabeza de Catalina.

La extremada flaqueza de su carácter se vió en-

tónces, y habiendo oido en los últimos debates que se pedía contra ella la pena de muerte, no supo prepararse á morir como reina.

Confiaba además en que todo aquello sería mera fórmula, y en que la palabra del rey—que le había prometido perdon—debía ser sagrada.

XXII.

Era el diez de Febrero, y las diez de una helada noche, cuando Catalina se hallaba sola en su humilde estancia del monasterio.

La reina estaba en extremo flaca y descolorida. Sus hermosos ojos negros se habian hundido.

No era extraña tan dolorosa mudanza, pues hacia dos meses que no probaba apénas ningun alimento, ni visitaba sus ojos el sueño reparador.

Si se dormia era para ver el tajo y el hacha fatal que amenazaba su cuello.

Habia dias en que sentia hácia su primer esposo un amargo rencor.

A no ser por su fatal aparicion en Hamptoncourt, á no ser por el funesto olvido de su gorra, Catalina no hubiera sido juzgada por el crimen de adulterio, puesto que en la época que pasó en casa de sus abuelos estaba libre de todo lazo conyugal.

En vano se habia buscado por todas partes al dueño de la gorra, cuya riqueza decia pertenecer á la clase más elevada.